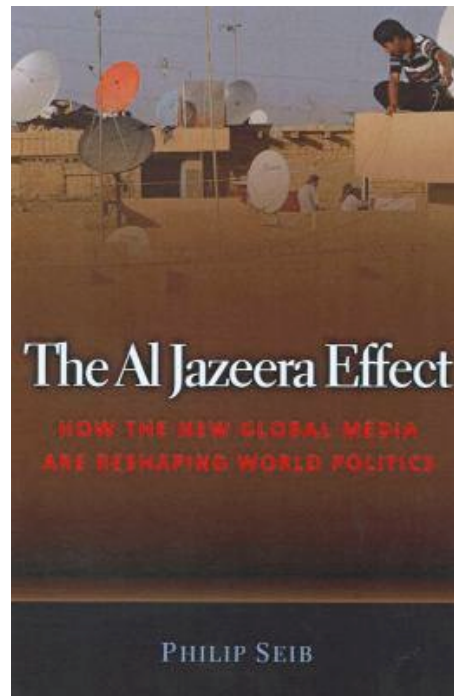


EL EFECTO AL JAZEERA

José Antonio Brambila¹



Philip Seib, *The Al Jazeera Effect. How The New Media Are Reshaping World Politics*, Potomac Books, 2008, 227 pp.

La idea central de esta reseña es analizar la tesis de Philip Seib, según la cual, la alta conectividad de los nuevos medios (televisión satelital e Internet) está sustituyendo la conexión política tradicional que identificaba y estructuraba la política global, modificando, así, la forma como los ciudadanos y los Estados interactúan entre sí. Las consecuencias de este fenómeno pueden ser contradictorias; por una parte, expandir la democracia y, por otra, un instrumento del terrorismo internacional.

En 2008 Philip Seib, profesor de Diplomacia Internacional de la Annenberg School of Communication de la Universidad del Sur de California, publicó *El efecto Al Jazeera*, metáfora que no se refiere a un solo medio (Al Jazeera) sino al “uso de los nuevos medios en cada aspecto de los asuntos globales”. En el libro, con ocho capítulos, el autor analiza este fenómeno que bien

¹ José Antonio Brambila Ramírez es maestro en Ciencia Política por El Colegio de México y comunicólogo de la Universidad Panamericana. En el ámbito periodístico ha colaborado EN la revista *Zócalo* y *gurupolítico.com*. Actualmente es profesor de Ciencia Política del ITESM-CCM y miembro de la Amedi. Correo electrónico: antonio_bramra@yahoo.com.mx

podría llamarse el efecto Twitter o Facebook, en diferentes partes del mundo, entre ellas América Latina (Telesur), Asia (*Ohmy News*) y Medio Oriente (Al Jazeera).

En la primera parte (capítulos uno, dos y tres), Seib describe el surgimiento, en las últimas dos décadas, de una cascada de canales satelitales y plataformas virtuales (era de la Información); sin embargo, la explicación carece de datos globales de penetración y audiencia y está plagada de anécdotas e historias que ejemplifican esta nueva era. El autor argumenta que los nuevos medios de comunicación son agentes indispensables de la globalización. Pueden, en una frase, "sacudir al mundo". Por ejemplo, lograr la recaudación millonaria para ayudar a los enfermos de VIH en el mundo, como en el concierto internacional Live 8, transmitido simultáneamente en todos los continentes; o bien, desatar una polémica internacional como en la controversia en torno a la caricatura danesa del profeta Mahoma en 2005.

El diagnóstico del profesor de la Universidad del Sur de California es acertado: los nuevos medios influyen en varios aspectos de los asuntos globales; sin embargo, su explicación se inserta de lleno con una de las tesis más controvertidas de los últimos años, el Choque de Civilizaciones: "las grandes divisiones de la humanidad y la fuente predominante de conflicto serán de tipo cultural" (Huntington, 1992). Seib sintetiza esta idea en el caso de la controvertida caricatura danesa: "la prensa libre escandinava contra la intolerancia musulmana", el problema, dice, reside en "la ira musulmana", en su incapacidad para aceptar la libertad de expresión de Occidente.

Más adelante el autor lleva al extremo su pensamiento: "la globalización y el Choque de Civilizaciones pueden ser vistos como mutuamente excluyentes (puede alejar o acercar al) Islam y al no Islam". Para sustentar su argumento, Seib insiste en una categoría inmensa, Islam, que carece de significado y capacidad explicativa. En contraparte, para Edward Said (2000) el concepto de Islam es el resultado de convenciones, un proceso histórico que otorga cierta identidad: "se ha ofrecido una imagen específica del Islam, el mensaje es estereotipado, se ha creado una situación de confrontación política entre el Islam y 'nosotros'". El problema en usar este tipo de categorizaciones, continúa Said, es que "confunden y desorientan a la mente que está intentando encontrar sentido en una realidad desordenada y difícil de encasillar o clasificar".

Por lo demás, los efectos de la globalización, afirma Seib, incluyen un nuevo sentido de responsabilidad. Las nuevas tecnologías tienen efectos y los usuarios responsabilidades, pues ante los grandes cambios no son simples espectadores. Por tanto, los nuevos medios pueden tener usos negativos o positivos. Por una parte, un arma infalible para los terroristas, por la otra, contribuyen a los gobiernos a ser más transparentes y sensibles a las demandas ciudadanas. En manos de terroristas, los nuevos medios son armas bastante eficaces, son una herramienta que los conecta, que puede diseminar sin ninguna barrera su ideología y terror por todo el mundo. Los gobiernos, especialmente los comprometidos con la libertad de prensa, dice Seib, no han sabido cómo deben lidiar con el uso de medios de comunicación para propósitos "maliciosos" (terroristas): "el próximo ataque de Al Qaeda no será dirigido necesariamente desde la cueva por Osama bin Laden, sino desde celulares conectados por Internet alrededor del mundo".

Los nuevos medios, cuando tienen un uso positivo, contribuyen al surgimiento del periodismo ciudadano, en especial en Estados con regímenes autoritarios que asfixian a los gobernados. Garry Kasparov, principal líder de oposición del poderoso líder ruso Vladimir Putin, declaró: "la web se ha convertido en el último refugio para la disidencia en mi país". El campeón ajedrecista se refiere, entre otras experiencias virtuales, al *blog Russia Live Journal* que tiene 2.2

millones de visitas semanales, la mitad de internautas fuera de Rusia. Asimismo, el flujo de información de abajo hacia arriba se percibe en otras experiencias, como en el periódico *Ohmy News*, en Corea del Sur, en donde 60 mil periodistas ciudadanos alimentan diariamente la redacción. Otro efecto positivo es que la hegemonía occidental en torno al flujo de información internacional también disminuye con el surgimiento de los canales satelitales de televisión; Telesur, desde Venezuela, cumple esa función. La televisora, dice Hugo Chávez, contrataca la “dictadura” de las gigantescas redes internacionales de medios: “¿Por qué todo lo que se dice sobre nosotros debe salir de un canal desde el norte como CNN?” Aunque su influencia es considerable, Seib vaticina que en un futuro Telesur será un actor relevante en la integración de América Latina.

En la segunda parte (capítulos cuatro y cinco) el autor afirma que el concepto de soberanía tradicional está mutando, que los nuevos medios de comunicación han creado un piso común que permite que una nación (“comunidad política imaginaria”) permanezca unida sin fronteras convencionales. La explicación de Seib se inserta en una discusión contemporánea que discute si como consecuencia de la interacción de ciertas variables (era de la información, globalización y terrorismo internacional) la soberanía tradicional propia del sistema de Westfalia ha mutado a un nuevo arreglo global (post Westfalia), en el cual la gobernanza y seguridad de los Estados y los ciudadanos no se circunscribe a las fronteras nacionales (Falk, 2002). Una evidencia de esto, dice el autor, es la “virtual soberanía del Kurdistán”: “la interactividad (de los nuevos medios) no solo alienta a los kurdos a recibir información, sino que también a estar en contacto unos con otros”; mientras el acceso a Internet siga creciendo, continúa el autor, el involucramiento personal con el Estado virtual será más importante, pues se alimentará la idea de pertenencia a la gran comunidad Kurda: “los nuevos medios pueden reforzar la identidad nacional”.

Seib echa mano una vez más de la variable culturalista, propia del Choque de Civilizaciones, pues es el nacionalismo, catapultado por los nuevos medios, el elemento unificador del cambio. No obstante, deja de lado que en la era de la información, como apunta Castells (2010), los elementos definitorios son las redes globales que operan no por su identificación cultural, sino dependiendo del valor de cambio de cada una; por ejemplo, en la red financiera (el sistema financiero), los flujos de dinero; en la red de medios de comunicación (las transnacionales y los grandes medios), la información.

Por lo demás, el Kurdistán virtual, dice Seib, se ha convertido en un actor relevante en la región; sin embargo, el verdadero riesgo de estas entidades se comprende mejor a escala planetaria, en la comunidad musulmana virtual, la “*ummah* virtual”. Este Estado opera en un ambiente con identidades reforzadas, que tiene cohesión, con movilidad geográfica, financiera y tecnológica propia de la globalización; no tiene una jerarquía tradicional pues no es una organización ni una red, es una entidad política con objetivos unificados e intercambio de información: “si la televisión y la Internet son proveedores de un ambiente conducente al discurso islámico y a servir como plataforma en la que se pueda construir un nuevo nivel de cohesión entre la *ummah* y sus 1.3 millones de miembros, el balance de la geopolítica global se puede alterar significativamente”.

No obstante, el autor no señala que el fundamento último de todo Estado-nación es la fuerza; la esfera de actuación de éstos está limitada territorialmente, pues reivindican el

monopolio legítimo de la violencia dentro de un territorio dado. Entonces, ¿cómo se ejerce el uso legítimo de la fuerza en el Estado virtual del Kurdistán o en la “*ummah* virtual”?

El Estado virtual, profundiza el catedrático de la Universidad del Sur de California, puede tener uniformidad de propósitos y deseos de cohesión (como el Estado virtual del Kurdistán), o ser más nebuloso (como en la “*ummah* virtual”) o, incluso, tener la capacidad de hacer la guerra, aunque sobre esta característica solamente nos ofrece un ejemplo: la organización terrorista Al Qaeda: una confederación con afiliados alrededor del mundo, sin jerarquía tradicional, con mayor lealtad hacia la organización que al líder, con alto intercambio de información y sofisticado uso de nuevos medios (“los medios globales ayudan considerablemente a Al Qaeda”).

Los nuevos medios ofrecen a las organizaciones terroristas una gran cantidad de oportunidades para llegar a la audiencia global, como en el caso de la revista virtual *Sawt Al-Jihad (Voz de la Jihad)*, en la cual se incita al terrorismo global (“¡Salgan afuera a luchar en aras de Alá!”). La mitad de la batalla, dice el autor, es mediática: “Si Bin Laden no tuviera acceso a los medios globales, la comunicación satelital e Internet, solamente sería un hombre irritable en una caverna.” Desde la “soberanía virtual del Kurdistán” hasta la organización terrorista Al Qaeda, pasando por la “*ummah* virtual”, nos encontramos, argumenta Seib, ante una categoría nueva, el “Estado virtual”.

Lamentablemente, la flexibilidad del término, más que una virtud, refleja una falta de profundidad, una entidad política muy amplia, que aunque deja ciertas interrogantes (¿a partir de qué se habla de “Estado virtual” y no de organización transnacional?) es un esfuerzo por sistematizar y entender los nuevos fenómenos de comunicación política a escala global.


En la última parte (capítulos seis y siete) Seib afirma que los nuevos medios reestructuran el balance entre gobierno y gobernados, juegan un rol determinante en el cambio político, pues un “ingrediente esencial de las revoluciones no violentas es una sociedad civil suficiente con capacidad de influir en los medios independientes, y poder para movilizarlos e influir en la población”. Aunque la influencia de los medios en el cambio político es cada vez mayor, el efecto, precisa el autor, es situacional, depende de otras variables (“como la determinación de la gente a actuar”). Con esto Seib se adhiere a la tesis según la cual los nuevos medios empujan el proceso político a una mayor apertura (democratización). Esto se observa en 2004 en Ucrania, en donde la “Revolución Naranja” se reforzó mediante la cobertura del periódico virtual *Pravda Ukaine* y a la televisión por cable Channel 5, los cuales revelaron, primero, al 12 por ciento de la población que tenía acceso a ellos, luego a toda la población, el fraude que la cúpula política perpetró el día de la elección.

El caso más emblemático de este proceso democratizador, dice Seib, se encuentra en Medio Oriente, al que le dedica un capítulo completo (capítulo siete). Aunque ya se ha estudiado el impacto que las comunicaciones pueden tener en la liberalización política entre países geográficamente próximos y culturalmente similares (Huntington, 1994), el argumento de Seib es más profundo ya que, siguiendo a Lynch (2006), percibe en Medio Oriente la conformación de una nueva esfera pública que, entre otras cosas, promueva un cambio político, un “Glasnost Islámico” diría Miles (2005).

Para Seib, igual que para el orientalista Bernard Lewis, respecto a la democratización en esa región “las cosas, de hecho, habían ido muy mal”, pues han padecido varios tipos de regímenes autoritarios y dictatoriales. Pero esta nueva esfera pública, afirma optimista,

promueve la reducción de la tensión, por un lado, y acerca el mundo árabe al resto de la comunidad global, por el otro. En este “Glasnost Islámico”, Al Jazeera, la televisora satelital creada en 1996 por el Emir de Qatar, Hamad bin Khalifa, juega un papel preponderante. Las razones del éxito periodístico de la televisora se encuentran, entre otras cosas, en su credibilidad y en su capacidad de mostrar en la pantalla la realidad con ojos árabes. El canal satelital demostró que en el mundo islámico, al igual que otras regiones, la gran mayoría de la información, sobre ellos mismos, era manufacturada en canales de Occidente (Said, 2000). Ahora, afirma Wadah Khanfar, director general de Al Jazeera, “toda la discusión que está sucediendo en la región es transmitida por nuestra pantalla”.

Con la llamada “primavera árabe” la tesis de Seib ha cobrado fuerza. “Gracias Al Jazeera”, fue una de las muchas pancartas que enarbolaban los tunecinos en las plazas tras la caída del dictador Ben Ali. Bajo las tesis de Seib, la televisión satelital, los *blogs*, las redes sociales y los mensajes telefónicos demostraron que la información es uno de los insumos más importantes del cambio social. No obstante, el mecanismo causal (primero twitteo, luego hago la revolución) no es muy claro, pues hay una buena cantidad de variables que, de una u otra forma, explican mejor los cambios sociales, la “primavera árabe”. Por ejemplo, si bien es cierto que la televisión satelital y otros medios incidieron en la articulación y difusión de información en torno a las protestas que derrocaron en 2011 al dictador egipcio Mubarak, lo cierto es que el colapso del régimen se explica más a la luz de ciertas variables estructurales y sistémicas, tales como el hartazgo por la corrupción imperante en la élite del poder, la falta de oportunidades para la juventud y el papel que tuvieron el Ejército y las potencias internacionales, especialmente Estados Unidos, durante las revueltas. Por ello, habría que preguntarse cuánto pesan realmente los nuevos medios en el cambio político.

Aunque en *El efecto Al Jazeera* Seib deja algunos cabos sueltos, presenta conceptos llamativos pero difusos (“Estados virtuales”) y mantiene una retórica orientalista (“ellos contra nosotros”), la tesis central es correcta: los medios no son sólo eso, sino actores y mecanismos que, en varios niveles, alteran diferentes escalones de la política global. 

REFERENCIAS

Castells, Manuel. *Comunicación y poder*. Madrid: 2010, Alianza Editorial.

Falk, Richard. "Revisiting Westphalia, Discovering Post-Westphalia", *The Journal of Ethics*, vol. 6, no. 4, 2002.

Huntington, Samuel. "The Clash of Civilizations", *Foreign Affairs*, 22, 2002.

Huntington, Samuel. *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: 1994, Paidós.

Lynch, Marc. *Voices of the New Arab Public*. Nueva York: 2006, Columbia University Press.

Miles, Hugh. *Al-Jazeera, The Inside Story of the Arab News Channel that is Challenging the West*. Nueva York: 2005, Grover Press.

Said, Edward. "El choque de ignorancias". *El País*, 16 de octubre de 2001.

Said, Edward. *Cubriendo el Islam*. Madrid: 2000, Debate.